

tancia verdaderamente magistral. Fué aquél el último rigodón. Acababa de ser servido el té en el salón de familia. Nerón, que salió de detrás de un canapé, fué atiborrado de *sandwiches*. Formáronse reducidos grupos para conversar por modo íntimo. El señor de Plouguern habíase llevado una *brioche* al extremo de una consola; comía, bebiendo algunos tragos de té, explicando á Delestang, con quien compartía su *brioche*, cómo era que había acabado por aceptar invitaciones para Compiègne, él, cuyas opiniones legitimistas eran tan conocidas. ¡Cuerpo de tal! era muy sencillo; tenía para sí que no debía negar su concurso á un gobierno que salvaba á Francia de la anarquía. Interrumpióse para decir:

—Es de primera esta *brioche*... He comido bastante mal esta tarde.

En Compiègne, fuere como fuere, su maligna verborrea se hallaba siempre en acecho. Hablaba de casi todas las mujeres presentes, con crudeza tal de expresiones, que hasta el mismo Delestang se ponía de mil colores. A nadie respetaba sino á la emperatriz, que era una santa; su devoción era ejemplar, era legitimista, y con seguridad habría llamado á Enrique V, á haber podido disponer libremente del trono. Durante un instante, se espació celebrando las dulzuras de la religión. Y luego, al dar de nuevo principio á la narración de una anécdota licenciosa, la emperatriz entró precisamente en sus habitaciones, seguida por madama de Llorentz. En el umbral de la puerta hizo un ma-

jestuoso saludo á la reunión. Todo el mundo, en el mayor silencio, se inclinó.

Los salones fueron quedándose vacíos. Entonces se habló más fuerte, y cambiáronse apretones de manos. Cuando Delestang buscó á su mujer para subir á la habitación que les estaba destinada, no la encontró en ninguna parte. Rougón, que le ayudaba en sus pesquisas, concluyó por descubriría, sentada al lado del señor de Marsy, en un estrecho canapé, en lo hondo de aquel saloncito, en que madama de Llorentz había armado al conde tan gran zipizape de celos, después de la comida. Clorinda se reía á carcajadas. Al distinguir á su marido, se levantó y dijo sin cesar de reír:

—Buenas noches, señor conde... Ya verá usted mañana, durante la caza, si sostengo mi apuesta.

Rougón la siguió con la vista, en tanto que Delestang la llevaba del brazo. Habría querido acompañarles hasta la puerta, para preguntarle qué apuesta era la de que hablaba; mas hubo de quedarse allí, retenido por el señor de Marsy, quien le trataba con mayor cortesía que de costumbre. Así que se vió libre, en lugar de subir á acostarse, aprovechóse de una puerta que quedó abierta y bajó al parque. La noche estaba obscurísima, noche de octubre, sin una estrella, sin la menor brisa, negra y muerta. A lo lejos las altas arboledas fingían promontorios de tinieblas. No sin trabajo podía distinguir ante sí la palidez de las avenidas. A cien pasos de la terraza se detuvo. Llevando el sombrero en la mano, en pie en medio de la noche, recibió por un instante

en el rostro toda la frescura que descendía, y aquello fué un alivio, aunque forzado baño. Y distrájose mirando, en la fachada de la izquierda, una ventana vivamente iluminada; como todas las demás fuesen quedando á obscuras, ella tan sólo manchaba con su fulgor la adormecida masa del castillo. El emperador velaba. De repente creyó ver su sombra, una cabeza enorme, atravesada por las guías de unos bigotes; después pasaron dos sombras más, la una muy delgada, la otra gruesa, tan ancha que tapaba toda la claridad. En ésta reconoció, sin la menor duda, la colosal silueta de un agente de policía secreta, con quien Su Majestad se encerraba horas y horas, sólo por gusto; la sombra delgada, habiendo vuelto á pasar, supuso que muy bien podía ser la de una mujer. Todo desapareció, la ventana volvió á ostentar su resplandor tranquilo, la fijeza de su mirada de llama, perdida en las misteriosas profundidades del parque. Tal vez en aquel entonces el emperador pensaba en el desmonte de una parte de las Landas, en la fundación de una ciudad obrera, en donde se intentaría en gran escala la extinción del pauperismo. Con frecuencia sus acuerdos los tomaba por la noche. De noche era cuando firmaba decretos, escribía manifiestos, destituía ministros. Entretanto, poco á poco, Rougón se sonreía; sin poderlo remediar hacía memoria de una anécdota que había corrido, pintando al emperador con delantal azul, con gorra de policía hecha con un trozo de periódico, pegando papel de á tres francos el rollo en un cuarto de Trianón, para alojar allí

á una querida; é imaginábaselo en aquella hora, en medio del solemne silencio, recortando figuras, que pegaba en la pared con ayuda de un pincelito, con suma limpieza.

Entonces Rougón, levantando los brazos, se sorprendió á sí mismo, diciendo en voz alta:

—Los suyos le hicieron tal como es.

Apresuróse á volver al castillo. El frío se apoderaba de él, sobre todo en las piernas, que el calzón corto dejaba sin el necesario abrigo.

Al día siguiente, allá á las nueve, Clorinda le envió á Antonia, á quien se había llevado, para preguntarle si su marido y ella podían ir á almorzar con él. Rougón se había mandado subir una jícara de chocolate. Les estuvo esperando. Precedióles Antonia con una amplia bandeja de plata, en la cual se les había servido, en su habitación, sendas tazas de café.

—¿Eh, qué tal? Aquí estaremos más alegres—dijo Clorinda al entrar.—De este lado tiene usted sol... ¡Oh, está usted mucho mejor alojado que nosotros!

Y fué á recorrer la habitación. Componíase de una antesala, en la cual se veía, á la derecha, la puerta de un gabinete para criado; en el fondo hallábase la alcoba, vasta pieza tapizada de cretona cruda con grandes flores encarnadas, con una gran cama cuadrada de caoba y una inmensa chimenea, en donde ardían troncos de árbol.

—¡Pardiez!—exclamó Rougón—¡había que reclamar! Por lo que á mí toca, no habría aceptado una habitación que diese al patio. ¡Ah, si se hace

uno de miel!... Ya se lo dije ayer noche á Delestang.

La joven se encogió de hombros, murmurando:

—¡Eh! ¡El toleraría que se me alojase en los desvanes!

Clorinda quiso ver hasta el gabinete de tocado, en el cual todo el servicio era de porcelana de Sèvres, blanco y dorado, con la marca imperial. A seguida se dirigió á la ventana. Una ligera exclamación de admiración y de sorpresa se escapó de sus labios. En frente de ella, en la extensión de varias leguas, el bosque de Compiègne cubría el horizonte con el agitado mar de sus gigantescas arboledas; las monstruosas copas parecía como si se rizaran, perdiéndose en un moderado balanceo de marejada; y bajo el luciente sol de aquella mañana de octubre, mares de oro, mares de púrpura, una riqueza de galoneado manto, se extendían de una parte á otra del firmamento.

—Vaya, almorcemos,—dijo Clorinda.

Desocuparon una mesa, en la cual se hallaban un tintero y un papel secante. El prescindir de los criados parecía cosa graciosa. La joven, muy risueña, repetía que por la mañana le había parecido despertarse en la posada, en una posada sostenida por un príncipe, después de un largo viaje hecho en sueños. Aquel desayuno casual, servido en vajilla de plata, la entusiasmaba como una aventura que la hubiese acontecido en cualquier desconocido país, muy lejos, decía. Entretanto Delestang no salía de su asombro al considerar la cantidad de leña que ardía en la chimenea. Acabó por mur-

murar, absorto y con los ojos fijos en las llamas:

—Me han contado que se quema por valor de mil quinientos francos de leña en el castillo, cada día... ¡Mil quinientos francos! ¿No le parece á usted, Rougón, la cantidad un tanto excesiva?

Rougón, que tomaba poquito á poco el chocolate, se contentó con mover la cabeza. Sentíase muy preocupado por la viva alegría de Clorinda. Aquella mañana parecía haberse levantado con extraordinaria fiebre de hermosura; exhibía sus grandes y chispeantes ojos de combate.

—¿Qué apuesta es esa de que hablaba usted ayer?—le preguntó de súbito.

Ella se echó á reír sin contestar. Mas como insistiese:

—Ya lo verá usted—le dijo.

Entonces, poco á poco, llegó el grande hombre á incomodarse y la trató con dureza. Fué aquella una verdadera escena de celos, con alusiones en un principio veladas, que se convirtieron muy pronto en crudas acusaciones: habíase dado un espectáculo, había dejado sus dedos entre los del señor de Marsy por espacio de más de dos minutos. Delestang, tranquilo á más no poder, empapaba buenas sopas en el café con leche.

—¡Ah! ¡si yo fuese su marido de usted!—exclamó Rougón.

Clorinda se había levantado. Teníase en pie detrás de Delestang, con ambas manos apoyadas en sus hombros,

—¿Y bien, qué? ¿Si fuese usted mi marido?...— le preguntó.

E inclinándose sobre Delestang, como si hablase con sus cabellos, que agitaba con tibio aliento:

—¿No es verdad, amigo mío, que sería muy juicioso, tan juicioso como tú?

Por toda respuesta, Delestang inclinó el cuello y le besó la mano apoyada en el hombro izquierdo. Miraba á Rougón, con el rostro conmovido y turbado, con guiñar de ojos, como queriendo darle á entender que iba quizás un poco lejos. Rougón estuvo á punto de llamarle imbécil. Pero Clorinda, habiendo hecho una señal por encima de la cabeza de su marido, Rougón la siguió á la ventana, en cuyo alfeizar la joven se acodó. Por un instante permaneció sin decir una palabra, con los ojos perdidos en el inmenso horizonte. Después dijo sin transición:

—¿Por qué quiere usted dejar á París? ¿No me quiere usted ya?... Escúcheme usted; seré razonable, seguiré sus consejos, si usted renuncia á desterrarse allá lejos, en su abominable país.

Al oír aquella proposición, Rougón se quedó muy serio. Puso de manifiesto los grandes intereses á los cuales obedecía; ahora le era de todo punto imposible retroceder. Y, en tanto que él hablaba, en vano trataba Clorinda de leer la verdad «verdadera» en su semblante; parecía decididísimo á partir.

—Está bien, ya no me ama usted—repuso.—En esta caso me considero muy dueña de obrar como se me antoje... Ya verá usted.

Dejó la ventana sin demostrar contrariedad, y volviendo á sonreír. Delestang, á quien el fuego seguía interesando, se ocupaba en determinar el número aproximado de chimeneas que había en el castillo. Mas ella le interrumpió en sus apreciaciones, pues apenas contaba con el tiempo suficiente para vestirse, si no quería faltar á la caza. Rougón les acompañó hasta el corredor, un largo corredor de convento, provisto de una moqueta verde. Clorinda, al irse, se divirtió leyendo, de puerta en puerta, los nombres de los invitados, escritos en pequeñas placas encuadradas con delgados filetes de madera. Después, ya al final, volvió la cabeza; y, creyendo ver á Rougón perplejo, como pronto á llamarla, detúvose y esperó unos segundos, sonriente; pero él entró en su cuarto y cerró la puerta con mano brutal.

El almuerzo fué adelantado aquella mañana. En la galería de los planos, hablóse mucho del tiempo, que era excelente para una caza con galgos; el sol muy ligeramente nublado, el ambiente fresco y suave, inmóvil como agua estancada. Los carruajes de la corte partieron del castillo un poco antes de medio día. La cita era en los *Puits-du-Roi*, vasta encrucijada en pleno bosque. La montería imperial esperaba allí desde hacía una hora, los picadores á caballo, con calzón de paño colorado, con el gran sombrero galoneado del revés, los servidores de la jauría, calzados con zapatos negros con hebillas de plata, para correr con holgura por en medio de los sotos; y los coches de los invitados lle-

gados de las quintas inmediatas, correctamente alineados, formaban un semicírculo, en frente de la jauría contenida por los lacayos; en tanto que grupos de damas y de cazadores de uniforme, formaban en el centro un asunto para cuadro antiguo, una caza del tiempo de Luis XV, resucitada en el rosado ambiente. El emperador y la emperatriz no siguieron la caza. En seguida después del ataque, sus charabanes dieron la vuelta por una avenida y se volvieron al castillo. Muchas personas les imitaron. Ruogón había en un principio tratado de acompañar á Clorinda; más ésta lanzaba su caballo tan locamente, que perdió terreno y se decidió á volver, despechado, furioso al verla galopar al lado del señor de Marsy, en el fondo de una avenida, muy lejos.

Allá á las cinco y media, se suplicó á Rougón que bajase á tomar el té en las habitaciones de la emperatriz. Era una distinción que generalmente se concedía á los hombres de talento. Encontrábanse ya allí el señor Beulin-d'Orchère y el señor Plouguern; y éste contó, en delicados términos, una farsa de lo más burdo, que tuvo gran éxito é hizo descoyuntar de risa. Entretanto los cazadores apenas iban regresando. La señora de Combélot llegó, aparentando un extremado cansancio. Y, como se le pidiesen noticias, contestó empleando palabras técnicas:

—¡Oh! el animal se ha hecho batir por espacio de más de cuatro horas... Figúrense ustedes que desemboscó un instante en llano. Había cobrado un

poco aliento... Por último fué á dejarse coger en la charca Roja. ¡Fué un hurra soberbio!

El caballero Rusconi dió otro detalle, con ademán de inquietud.

—El caballo de la señora de Delestang se había desbocado... Desapareció del lado del camino de Pierrefonds, y no se han recibido todavía noticias suyas.

Entonces se le anonadó á preguntas. La emperatriz parecía sobremanera angustiada. El caballero contaba que Clorinda había seguido durante todo el trayecto un galope infernal. Su aspecto entusiasmaba á los monteros más afamados. Luego, súbitamente, su caballo había desaparecido en una avenida lateral.

—Sí—agregó el señor La Rouquette, que ansiaba meter su cucharada,—había dado tal tunda de zurriagos al pobre animal, y con tal fuerza... El señor de Marsy se lanzó tras ella para acudir en su socorro. Tampoco se le ha vuelto á ver.

La señora de Llorentz, sentada detrás de Su Majestad, se levantó. Creía que se la miraba sonriendo. Se puso lívida. Ahora la conversación versaba sobre los peligros que se corrían en la caza. Un día, el ciervo, refugiado en el corral de una granja, se había vuelto por tan terrible manera contra los perros, que una dama había resultado con una pierna rota, en medio del zipizape. Luego se vino con suposiciones. Si el señor de Marsy había conseguido dominar el caballo de la señora de Delestang, tal vez habrían echado pie á tierra los dos, para des-

cansar unos minutos; abrigos, como chozas, cobertizos, pabellones, abundaban en el bosque. Pero á la señora de Llorentz le parecía que las sonrisas aumentaban, mientras que se atisbaba de reojo su celoso furor. Rougón no decía esta boca es mía, mientras tocaba febrilmente una marcha sobre sus rodillas, con las yemas de los dedos.

—¡Bah! ¡aun cuando pasaran la noche fuera!—dijo el señor de Plouguern.

La emperatriz había dado orden para que Clorinda fuese invitada á tomar el té, si regresaba. De repente alzáronse ligeras exclamaciones. La joven hablábase bajo el dintel de la puerta, enrojecido el semblante, sonriente, triunfante. Dió las gracias á Su Majestad por el interés que le demostraba. Y con sosegado acento:

—¡Dios mío!—exclamó.—Siento un verdadero pesar. Han hecho mal en inquietarse... Había apostado con el señor de Marsy á ver quién de los dos llegaba primero á la muerte del ciervo. A no ser por ese maldito caballo...

Y luego agregó alegremente:

—Pues no hemos perdido ni el uno ni el otro, y aquí paz y después gloria.

Pero hubo de contar la aventura más por extenso, y, al hacerlo, no experimentó la menor contrariedad. Después de diez minutos de un galope vertiginoso, su caballo cayó al suelo, sin que ella sufriese el menor mal. Entonces, como vacilase un poco por la emoción, el señor de Marsy la hizo guarecerse un instante bajo un cobertizo.

—¡Ya lo habíamos adivinado!—exclamó el señor La Rouquette.—¿Dice usted bajo un cobertizo?... Yo había dicho en un pabellón.

—Debía usted de encontrarse muy mal allí debajo—agregó con malignidad el señor de Plouguern.

Clorinda, sin dejar de sonreír, contestó con lentitud muy oportuna:

—No, se lo aseguro á usted. No faltaba allí paja, y me senté... Era un gran cobertizo, lleno de telas de araña. La noche se venía encima. El suceso ha sido de lo más chistoso.

Y, mirando cara á cara á la señora de Llorentz, prosiguió, con voz más lenta todavía, lo que transmitía á sus palabras un valor particular:

—El señor de Marsy ha estado muy bondadoso conmigo.

Así que la joven hubo referido su accidente, madama Llorentz apoyaba con fuerza dos dedos de la mano contra sus labios. Al oír los últimos detalles cerró los ojos, como pasto de iracundo vértigo. Todavía permaneció allí cosa de un minuto; después, no pudiendo contenerse más, salió de la estancia. El señor de Plouguern, intrigado en gran manera, se deslizó tras de ella. Clorinda, que no la perdía de vista, hizo un voluntario gesto de triunfo.

La conversación cambió de asunto. El señor Beulin-d'Orchère hablaba de un escandaloso proceso, del cual la opinión se preocupaba en alto grado; tratábase de una demanda de separación, fundada en la impotencia del marido; y refería ciertos hechos con tan decentes frases de magistrado, que la

señora de Combelot quedábase en baba y pedía explicaciones. El caballero Rusconi satisfizo muchísimo cantando á media voz canciones populares del Piamonte, versos de amor, de los que daba en seguida la traducción francesa. A la mitad de una de aquellas canciones entró Delestang; volvía del bosque, cuyos caminos y veredas recorría hacía dos horas, en busca de su costilla, y todos se rieron del extraño rostro con que llegaba. En esto la emperatriz parecía haber concebido de repente viva amistad por Clorinda; hábala hecho sentar á su lado y hablaba de caballos con ella. «Píramo», el que había montado la joven durante la caza, era de durísimo galope; y decía que para el día siguiente mandaría que le diesen á «César».

Rougón, desde la llegada de Clorinda, se había acercado á una ventana, haciendo como que se interesaba por todo lo alto por ciertas luces que se encendían á lo lejos, á la izquierda del parque. De este modo nadie pudo percatarse de los estremecimientos de su semblante. Permaneció mucho rato en pie ante la obscuridad de la noche. Volvíase por último, impasible, cuando el señor de Plouguern, que volvía, se acercó á él y le susurró al oído, con voz febril de curioso satisfecho:

—¡Oh! ¡qué escena! ha habido para poner los pelos de punta... Como vió usted, yo la seguí. Precisamente se tropezó con de Marsy al extremo de los corredores. Entraron en una habitación, y allí oí que de Marsy le decía lisa y llanamente que le tenía aburrido... Ella salió escapada como una loca

y se dirigió al gabinete del emperador... A fe mía, estoy en que ha ido á poner sobre el bufete del emperador las famosas cartas...

En aquel momento volvió la señora de Llorentz. Venía como la cera blanca, con los cabellos alborotados sobre las sienes y con la respiración anhelante. Volvió á ocupar su sitio detrás de la emperatriz, con la desesperada tranquilidad de un enfermo que acaba de practicar en su misma persona cualquier terrible operación que puede costarle la vida.

—Con seguridad que ha dejado allí las cartas—repitió el señor de Plouguern, examinándola con atención.

Mas como Rougón parecía no comprenderle, fué á inclinarse detrás de Clorinda para contarle el suceso. La joven le escuchaba embelesada, con los ojos chispeantes de satisfacción. Solamente al salir de las habitaciones particulares de la emperatriz, cuando llegó la hora de la comida, fué cuando Clorinda hizo como que veía á Rougón. Cogióle el brazo y le dijo, mientras que Delestang venía detrás de ellos:

—Conque, ya lo ha visto usted... Si hubiese usted sido amable esta mañana, no habría estado á punto de romperme las piernas.

Por la noche tuvo lugar una comida para los perros á la luz de las antorchas, en el patio del palacio. Al dejar el comedor, la comitiva de los invitados, en vez de volver inmediatamente á la galería de los Mapas, se dispersó por los salones de la fachada, cuyas ventanas fueron abiertas de par en

par. El emperador tomó asiento en el balcón central, á donde unas veinte personas pudieron seguirle.

Abajo, desde la verja al vestíbulo, dos filas de lacayos en gran librea y con los cabellos empolvados, disponían una ancha avenida. Todos ellos llevaban sendas largas pértigas, en el extremo de las cuales llameaban estopas contenidas en cubiletes llenos de espíritu de vino. Aquellas altas y verdosas llamas se agitaban en la atmósfera, como flotantes y suspendidas; manchando la noche sin iluminarla y sin destacar más sobre lo negro que la doble hilera de chalecos escarlata que convertía en violáceos. A ambos lados del patio una multitud se amontonaba, burgueses de Compiègne con sus mujeres, rostros descoloridos bullendo en la obscuridad, de la que á veces un reflejo de las estopas hacía surgir alguna testa abominable, una cara verdegris de pequeño rentista. En el centro, delante de la escalinata, los despojos del ciervo, amontonados en tierra, hallábanse cubiertos con la piel de la víctima, extendida y con la cabeza hacia delante; mientras que al otro extremo, contra la verja, la trailla esperaba, rodeada por los picadores. Allí, los criados encargados de los perros, con traje verde, con gruesas medias de algodón blanco, agitaban antorchas. Una viva claridad rojiza, atravesada por humaredas cuyo hollín rodaba hacia la ciudad, presentaba, en fulgores de horno, á los perros, apretados unos contra otros, respirando con fuerza y con las fauces abiertas.

El emperador permaneció en pie. A veces una repentina claridad de las antorchas iluminaba su rostro indeciso, impenetrable. Clorinda, durante toda la comida, había estado espiando cada uno de sus movimientos, sin sorprender otra cosa en él que un tétrico cansancio, el apenado mal humor de enfermo que padece sin quejarse. Una sola vez se le figuró verle mirar al señor de Marsy, de soslayo, con sus ojos grises, cuyo brillo apagaban sus párpados. Junto á la barandilla del balcón se mantenía tétrico, desapacible, un tanto encorvado y retorciéndose el bigote; mientras que los convidados, á su espalda, se empinaban para ver mejor.

—¡Vamos, Fermín!—dijo como impacientado.

Los picadores tocaban con sus trompas la *Royale*. Los perros pusieron á ladrar, á aullar, con estruendo de todos los diablos, extendiendo el pescuezo y medio en pie sobre sus patas traseras. De repente, en el instante en que un lacayo enseñaba la cabeza del ciervo á la trailla enloquecida, Fermín, jefe de los trailleros, situado en la escalinata, bajó el látigo, y la jauría, que esperaba aquella señal, atravesó el patio en tres brincos, con los ijares jadeantes de hambre rabiosa. Los perros, detenidos á alguna distancia del ciervo, se aplanaron unos instantes en tierra, con la espina dorsal agitada por estremecimientos y con las fauces destrozadas por los feroces ladridos. Y tuvieron que retroceder y colocarse en hilera al otro extremo, junto á la verja.

—¡Oh, pobres animales!—dijo la señora de Combelot con semblante compungido.

—¡Soberbio!—exclamó el señor La Rouquette.

El caballero Rusconi aplaudía. Había señoras que se inclinaban, excitadísimas, con ligeros latidos en las comisuras de los labios, con el corazón henchido por la necesidad de ver á los perros comer. No se les daban sus huesos de golpe y porrazo; y aquello resultaba emocionante en sumo grado.

—No, no, todavía no—decían algunos.

Entretanto Fermín, había levantado y bajado el látigo dos veces seguidas. La jauría espumarajeba, exasperada. A la tercera el jefe no levantó el látigo. El lacayo había apretado á correr llevándose la piel y la cabeza del ciervo. Los perros se lanzaron y se revolcaron sobre los despojos; sus furiosos ladridos desaparecían en un gruñido sordo, en un convulsivo temblor de codiciado goce. Los huesos crujían. Entonces, en el balcón, en las ventanas, la satisfacción no tenía límites; las damas exhibían incisivas sonrisas, apretando sus blancos dientes; los caballeros bufaban, vivos los ojos y con los dedos ocupados en retorcer algún mondadientes traído del comedor. En el patio se realizó como una repentina apoteosis; los picadores tocaban sus trompas; los criados de los perros agitaban las antorchas; las luces de Bengala ardían, sangrientas, como incendiando la noche, inundando los plácidos rostros de los burgueses de Compiègne, agrupados á los lados, con una roja lluvia de anchas gotas.

En seguida el emperador volvió la espalda. Y como Rougón se hallaba á su lado, pareció salir del

profundo ensimismamiento, que le tenía con cara de pocos amigos desde que acabó la comida.

—Señor Rougón—le dijo,—he pensado en el asunto de usted... Presenta obstáculos, muchos obstáculos.

Detúvose, abrió los labios y después los volvió á cerrar. Después, al irse, volvió á decir:

—Hay que quedarse en París, señor Rougón.

Clorinda, que lo oyó, hizo un vivo gesto de triunfo. Pronto circularon las palabras del emperador; todos los rostros se mostraron graves y ansiosos, en tanto que Rougón atravesaba lentamente por entre los grupos, dirigiéndose hacia la galería de los Mapas.

Y, allá abajo, los canes daban fin á los huesos. Echábanse furiosamente unos sobre otros para llegar al frente de la pila. Era una colección de lomos en movimiento, blancos, negros, de todos matices empujándose, extendiéndose, amenazándose como viviente montón, en un ronquido voraz. Las mandíbulas no se daban punto de reposo, comían á escape, con la fiebre de engullírselo todo. Riñas de corta duración, acababan con un gruñido. Un gran braco, soberbio animal, atufado por hallarse tanto á la orilla, retrocedió y se lanzó de un brinco en mitad de la banda. Hízose allí puerta y se echó al colete una buena parte de las entrañas del ciervo.